

He vivido, por tanto, hermosos momentos en Mallorca, compadeciendo a Aurora Dupin (Jorge Sand), a sus tiernos hijos y a su «querido enfermo», el tísico e inspirado Federico Chopin. Y digo con el autor: ¡pobre Jorge Sand! El amor había sido para ella lo que la antigua esfinge: cada vez que intentaba interrogarlo, sentía en el corazón su zarpazo sin misericordia. Todas las abnegaciones y rebeldías del amor las había conocido aquella mujer. La hembra caprichosa de las noches venecianas, la infiel compañera de Musset, era la misma enfermera que guisaba la cena y preparaba las tizanas al moribundo Chopin en la soledad de Valdemosa....

Yo no sé cómo mi querido presidente, cuando me prestó el libro, hizo mueca desdenosa: «no me gustan los novelistas españoles». A mí sí, será por mi incultura. Aquí encuentro que la mayoría de mis compañeros prefiere la literatura francesa, hermosa, original, interesante y viva; pero no tan tierna como la española. O'Fárrill casi sin oírlo, a Pereda. Hernández Jáuregui, en su biblioteca de aquí, sólo tiene libros franceses; a Reyes y Vera Estañol no les he visto leyendo sino en francés, y a muchos otros.

Son, pues, de gustos raros.

Próximo ya a buscar en el sueño un aturdimiento momentáneo para que el espíritu, libre de su peso, viaje sereno por el ideal. Al borde del lecho, como al borde de la tumba, recapacito las últimas impresiones del día y suspiro ante la ausencia de mis quereres. Mis tiernas hijitas sobre todo, que tanto necesitan de mi amor y de mi abrigo. ¡Dios las proteja!

Se me escapó el nombre de Dios, como se le escapó a Huerta en la Cámara. ¡Ojalá y no sea funesto en mis labios, como lo fue en los de él!

Pude averiguar que el Banco de Londres había cerrado temporalmente sus puertas y que el gerente había depositado las llaves en una Legación. ¿Temería la imposición de nuevos préstamos? También supe que se nos quería complicar en un complot cuyos fines ignoro, y que Abraham Castellanos había sido careado con uno de los presos traídos de Oaxaca e internados en esta Penitenciaría.

Volví a mis prácticas animales de los primeros días de encierro, es decir, a mis ejercicios gimnásticos y a mis paseos en la celda, hasta completar 263, o sea un kilómetro.

Al ponerse el Sol me subí en la mesa y me asomé por la ventana que ve al Sureste. Con cierta amargura pude ver, por encima de la cercana barda, las torres y cúpula de Catedral, muchas otras torres, y más lejos el esqueleto férreo de la gran cúpula del futuro Palacio Legislativo, y a lo lejos, recortando el horizonte, parte de la serranía del Ajusto y de Las Cruces.

Todo esto como asomándose con curiosidad a mi celda.

Pocos compañeros han hablado. Cuando hay angustia, generalmente hay silencio.

Ya estoy terminando el interesante relato de «Los Muertos Mandan».

Blasco Ibáñez me ha cautivado; en mucho ha de contribuir su delicadeza para tratar a mis paisanas, es decir, a una de ellas, que, aunque de sangre ibera, es «una americana de los tiempos del romanticismo, que aun parecía estremecer el caserón con el roce de sus blancos vestidos y los susurros del arpa»... «elegante, idealista y soñadora», y tal vez también por su defensa de los *chuetas* (judíos). Tanto, que le perdono que al relatar la organización de la armada de Carlos V en Palma de Mallorca y hablar de las galeras que irían a conquistar Argel, cita la del Marqués del Valle de Thuxaca (sic): Hernán Cortés.

Las costumbres de los campesinos de Ibiza las encuentro muy parecidas a las de los de Michoacán.

Y hasta mañana.

Domingo 2 de noviembre.

Como día de Difuntos, nos tuvieron muy bien guardados en nuestras tumbas.

¡Parece que les lastima, como que les ofende a nuestros enemigos el pequeño rato de esparcimiento que teníamos en el patio o el regocijo que nos causa recibir nuestras visitas!

Seguramente a eso obedece nuestra nueva incomunicación. ¡Un sabroso e inocente gustillo de inquisidor!

Hoy, mi tocayo el juez vino a practicar no sé qué diligencias con cuatro o cinco diputados, y, para santificar tan solemne día, dejó deslizar las especies de que el jueves concluiría de examinarnos; que ese día determinaría quiénes seguiríamos incomunicados y quiénes no, y de que pronto terminaría nuestra causa, pues tiene que concurrir a la nueva Cámara, de la que es diputado. ¡Ya me imagino la santa resignación y la humilde sonrisa de este bendito bedel!

Y, para pasar el día lo menos aburrido posible, me dediqué a leer las «Fábulas de Lafontaine» en una hermosa edición de la biblioteca de la Penitenciaría, obsequio de la viuda de don Manuel Iturbe. La edición, hecha en París con lujo, es traducción del licenciado y teniente Lorenzo Elizaga, el «Chato Elizaga», con cuño de don Porfirio y mi profesor de Economía Política en la Escuela de Ingenieros.

El año de 1883, fecha de la edición, «El Chato» era un buen cristiano, pues al pie de la fábula «El Aldeano y la Serpiente», termina con esta moraleja:

Bueno es ser caritativo,
Mas no con todos ni siempre (1);
Respecto de los ingratos,
Todos miserables son.

Aplaudo esta doctrina.

Por lo demás, «El Chato» procura apearse bastante al original y no se preocupa de poner «campaña» en vez de champagne (champagne) en fuerza del consonante; se olvida de la separación natural de los vocablos fuertes, y temeroso de perder un pie, a menudo escribe träerme y röer. Y es que su con cuño lo tenía espantado con tanto «páis y máiz».

(1) «El Chato» protesta:

«Protesto contra esta doctrina, que he reproducido porque habría sido ilógico cambiarla al fin de la fábula. Si por algo es buena y santa la caridad, es porque alivia los sufrimientos sin atender a la indignidad del que sufre, y sin que la idea de la ingratitud la desaliente».

A pesar de estas insignificancias, gusto da encontrarse con libros escritos o traducidos por gente conocida.

Ya cerca de las seis, cuando en mi celda es de noche, yo voy a la ventana, como siguiendo el rayo de luz para que me liberte y lleve allá adonde camina, al Occidente; por allí está mi Patria, o la de mis abuelos tarascos; más allá seguirá el rayo de luz, siempre en retirada; cruzará el Pacífico, pasará por las islas Sándwich, partirá la Indochina en dos mitades, se acercará a Calcuta, alumbrará a la Arabia, a la Arabia Feliz, y pasará por La Meca. Digo, si fuera recorriendo el paralelo 19° 49'.

¡Ojalá y me llevara de aquí y me dejara en La Meca olvidado, para no pensar más en estos asuntos enojosos de mi Patria y dedicarme a recordar al Profeta.

Perdida toda esperanza, porque el Sol ya se fue del horizonte, lanzo la voz como un anzuelo a ver quién la recoge. Ancona, que está como yo, arrimado, empujado en su ventana, amasando sus nostalgias, y Verdugo Fálquez, amante de los funerales del Sol.

Emprendemos animada charla. Nuestra melancolía nos conduce a contar algo, después a recitar versos. Y aquí entra el contagio. Puig salta a la arena, aplaude y recita los que sabe de memoria. Tercia en el torneo Ramos Roa. Sigue el doctor Cabrera. Luego, Bordes Mangel, Castillo Negrete y . . . no sé quién más.

Desfilan en procesión, ya melancólica, ya alegre, Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Díaz Mirón, Marquina, Lugones, Heine y tantos otros. Dos horas hemos navegado sin sentir, plácidamente al pie del Olimpo. Flotó el espíritu lejos, muy lejos; y ya medio curado de sus heridas, volvió a la cárcel del cuerpo a los últimos acordes del Duque Job:

«Ya nunca volveréis, noches de plata»

Y el cuerpo a su cárcel maloliente a navegar con ese espíritu que es más lo que vive su vida libre del espacio.

De la Peña recitó una improvisación suya en que nos llamaba al orden por escandalosos. Fue muy celebrada.

Permanecieron insensibles a la ola poética el grave presidente y el no menos grave señor Morales, que son mis próximos vecinos.

El organillo manda por el viento las notas de «La Viuda Alegre» para completar las amarguras de mi nostalgia.

Lunes 3 de noviembre.

Ya terminé de leer las 236 fábulas de Lafontaine. ¡Ojalá me aprovechen sus moralejas! Ellas, sin duda, han aprovechado a otros. Yo veo actualmente aplicada la de «Los peces y el pastor que toca la flauta». Dice así:

Vosotros, pastores de hombres,
no pastores de borregos,
que pretendéis con discursos
ganar los entendimientos
de multitud extranjera (1);
nunca semejantes medios
dieron un buen resultado;
apelad a los violentos;
de vuestras redes servíos,
que la fuerza es el derecho.

¿Verdad que hay aprovechados?

La tentación me arrastra a poner el epitafio al traductor. En la fábula «El juez, el hospitalario y el solitario», dice:

«Así el solitario dijo;
fueron *creídas* (i) sus palabras
y seguidos sus consejos
tan saludables que daba».

Lo dicho, el «máiz» hizo prosélitos.

Sin embargo, le perdono eso al «Chato», sus galicismos y confusas expresiones, porque bastante me distrajo en esta cueva.

(1) «El Chato» ha de haber traducido *extranjera* por *ignorante* o *indiferente*.

Ya es mediodía, y fuera de noticias vagas de que son diputados nuevos muchos militares y católicos, lo mismo que graciosos como Chucho Rábago, lo demás no ha valido la pena.

La tertulia de pericos encaramados en la ventana no tuvo el interés de anoche.

Ya emprendí la lectura de otro libro, donado también a la Penitenciaría por la viuda de Iturbe: es el tomo séptimo de la Biblioteca de Autores Mexicanos, publicada por «El Tiempo»: son los «Estudios Históricos», de Alejandro Villaseñor y Villaseñor, el mismo que elogió al doctor Silva en «El Tiempo» y después lo atacó.

La obra, aunque llena de ataques al Partido Liberal, me interesa, porque acabo de conocer a los conservadores. Esta me sirve de recuerdos, pues en 1896, cuando ya se habían publicado en «El Tiempo» los artículos que contiene, estuve de interno en el seminario de Morelia, cursando Filosofía. Allí, durante la comida, en el «refectorio», se leía la Historia de México por Zamacois, y al tocar el tratado de Mc. Lane-Ocampo y el asunto de Antón Lizardo, surgieron entre los internos disensiones por cuestión de «puntos de vista». Luis Ramírez, cabecilla de los conservadores (hoy doctor, radicado en Valle de Santiago), invocaba los artículos de Villaseñor. Yo, cabecilla de los liberales, lo atacaba como podía. Tanto nos dividimos que, al celebrar la «conclusión de Filosofía», los liberales vitoreamos a Juárez, en el seminario, en el corazón de la mochería, del Estado señalado como más levítico. Por tal motivo hubo un choque a puñetazos entre los dos bandos: los que resultábamos más complicados abandonamos luego el colegio, antes de ser expulsados.

Y son todas las novedades de este día.

Martes 4 de noviembre.

Cuarto día de reincomunicación y vigésimoquinto de encierro. Nuestro juez, según dijo por aquí alguno, meditando si acaso el conato de rebelión es delito, y para hacerlo con toda calma y suprimir todo ruido, ¿qué cosa mejor que reincomunicarnos?

A mediodía salió Verdugo Fálquez en libertad caucional, mediante el depósito de \$2,500.

Si he de creer la noticia que hace días me dieron, comienzan a excarcelar «incoloros», seguirán con los medianamente sospechosos, luego con los renovadores, y se dejarán un botín de guerra, compuesto de nueve diputados, para procesarlos. Esto es muy cristiano y, sobre todo, muy de moda.

Al leer los artículos de Villaseñor y Villaseñor, yo no sé cómo no arrojé el libro contra el suelo. ¡Por Dios, y cómo pone a Juárez y a Ocampo! Le faltaron epítetos denigrantes. Todos sus actos son de traidores, de ignorantes, de tercos, etc., etc.

No sé por qué, cuando llegué a determinados pasajes referentes a don Santos Degollado, me acordé del penúltimo presidente de la Cámara, licenciado Delhorme y Campos, que la víspera de su feliz discurso encomiando a Degollado, me dijo, cuando me hacía ver los méritos de éste, que «Juárez había sido ingrato con él», que Degollado era purísimo y Juárez traidor.

Ya tenemos de acuerdo a un jacobino con un mocho y con un anfibio: Bulnes.

Dentro de poco va a quedar demostrado que el único mexicano que no fue traidor a la Patria fue Juan Diego.

Y como ya terminó la «tertulia» y ya me comienza a entrar la negra melancolía, y el recuerdo amargo de los que más quiero viene a asaltarme, voy a ver si Julio Verne con su «Antifer», que me prestaron hoy, me ayuda con la carga, mientras el sueño lo releva. A menos que éste no sea interrumpido, como anoche, por los pitazos ordinarios de un tren que salió a media noche.

Miércoles 5 de noviembre.

Ahora sí ya la rabia me llega al pescuezo, ya me ahoga; ¿qué se propondrán estos hijos de... Confucio?

La inmovilidad de esta sentina me tiene medio loco. Hace poco (son las nueve de la noche) tratamos de hacer «tertulia» y no pudimos. La vista de mi hermoso crepúsculo a las

seis de la tarde, la vista de las torres de Catedral, la del faro de «El Palacio de Hierro», lejos de alentarme algo, me han puesto fuera de mí. Los leones de los circos han de sentir lo que siento yo en estos momentos. No me calmaría ni con la vista de mis hijitas ni de ninguno de los míos.

¡Y esto no tiene para cuándo!

Muchas son las noticias que nos llegan; pero, referentes a nosotros, ninguna. Se dice que anoche fue puesto en libertad el senador Gómez. Mucho temo por él. Un periódico del día logró llegarnos por arte de magia y supimos lo del ultimátum de los Estados Unidos, el ataque a Zacatecas y el Manifiesto de Félix Díaz. ¡Tarde piaste!

El notificador del primero de Distrito estuvo aquí en la tarde a notificar a algunos diputados algunas sandeces.

Se dijo que algunos diputados del nuevo cuño se rehusaban a aceptar el honroso cargo. ¡Con razón! Aquí se da cuarentena a la noticia, pues la mayoría de esos diputados son de machete, es decir, autómatas.

Se dijo también que, en vista de la gravedad de las cosas, se nos propondría que nos retractásemos de nuestra actitud y hechos anteriores; que proclamásemos la honradez y patriotismo de nuestros carceleros y nos restituirían nuestros puestos. Yo por mí sé decir que prefiero seguir aquí, con lo cual no hago sino imitar a mi bueno y querido padre, que en Morelia lo tuvo preso y hasta mandó encapillar el sanguinario Méndez y no consiguió hacerlo reconocer el Imperio, ni ceder en nada en sus ideas. ¡Sí, padre mío, procuraré imitarte!

Y ya que Julio Verne, con su «Antifer», no ha logrado domesticarme, veremos si Morfeo lo logra.

Jueves 6 de noviembre.

Así como estoy de endiablado y molesto contra los que de manera tan injusta nos han privado no sólo de la libertad —el dón más grande del hombre,— sino hasta de la satisfacción de cruzar algunas palabras con los seres queridos, vivo y viviré reconocido al buen Julio Verne, el amigo de los jóvenes,

que fue mi mentor y mi mejor amigo, cuando yo pasé por esa etapa de la vida, viviré, repito, muy reconocido, porque de tal modo me entretuvo ayer con «Antifer», que no sentí tanto como debiera mis penalidades, y hoy «con El Castillo de los Cárpatos», que en la «tertulia» estuve bien poco; y cuando terminé la lectura, es decir, en estos momentos, son las nueve y media de la noche.

Mi lectura sólo ha tenido tres interrupciones: una a las once de la mañana, en que me trajeron un ramo de gardenias que me mandó mi esposa, lo que me prueba que vino la pobre a querer hablarme, engañada por las promesas del fariseo, y a la mera hora no se lo permitieron. Así como ella se ha de haber vuelto angustiada, así me quedé yo a la vista de aquella manifestación de cariño. Otra interrupción para comer. Por cierto que habiéndome tocado mi buen celador, me permitió pasar a comer a la celda del presidente De la Garza, de quien recibí previa invitación.

Comimos lo más alegremente posible y charlamos mucho hasta cerca de las tres, en que me volvieron a mi chiquero. Y a las seis de la tarde, en que subí al *balcón* a charlar a gritos.

El actuario del juzgado primero se paseó por aquí toda la tarde notificando a diestra y siniestra sus sandeces.

El juez segundo estuvo llamando a varios a declarar no sé qué majaderías y se permitió anunciarnos que mañana nos comunicaría. ¡Qué gracioso!

Fuera de estas grandes (!) novedades y de un regaño que me dió mi compañero de presidio, el que todos los días barre las celdas, el día fue tedioso siempre que mi razón se esca-
pa del pico de oro de Julio Verne.

Le pregunté al mozo esta mañana:

—¿Por qué estás preso?

—Por una cortadita que le dí en la cara a un Tal.

—¿Y qué tiempo estuviste sin ver gente?

—Dos meses ocho días.

—¡Aprieta!

Más tarde, y porque lo trajeron a barrer mi celda, se mo-

lestó y no sé qué me dijo. Yo no le hice aprecio y me escapé un minuto al corredor.

Y hasta mañana.

Viernes 7 de noviembre de 1913.

Los ruidos de anoche, en que las palancas que sirven para remachar las puertas de las celdas funcionaron a su sabor, tenían un objeto: abrir la celda del diputado Valentín del Llano. ¡A esas horas y en los tiempos que corren! Cualquiera pensará que Del Llano preparaba aquí una tremenda conspiración; que facilitaba parque a los zapatistas, ya que es representante de buen número de ellos, puesto que es diputado por Morelos; que se carteaba con mister Lind o con Félix Díaz. Pues no señor, el motivo era mucho más serio: Valentín del Llano, el simpático morelense, chaparrito y comunicativo, ha cometido el enorme delito, la horrenda infamia de... (ise resiste la pluma a describir esto, pero es forzoso, hay que decir todo, lo grande y lo pequeño): Del Llano tenía, tenía en su pupitre de la Cámara, unos insulsos versitos que se ocupaban de política, que citaban el nombre del «Chacal de América».

Y aunque explosivo tan peligroso fue recogido al día siguiente de nuestra captura, es decir, hace casi un mes, no lo había observado bien nuestro juez, porque es miope.

Comprobado semejante delito y por si el mismo Del Llano siguiera fecundo, se le mandó sacar de su celda, y de noche, para revestir de mayor seriedad tan importante diligencia, fue conducido a otra crujía, tal vez a la que ocupan «El Tuerto Morales», «El Agachado», etc.

Coincide tan valiente determinación con la absolución del pobrecito de Zepeda, el exgobernador del Distrito que por inocente diversión y laudable pasatiempo mandó fusilar, en Belén, al millones de veces asesino, ladrón, etc., etc. de Gabriel Hernández. ¡Bendita sea la justicia, sobre todo ahora que radica en católicas manos!

Ya por fin nos comunicaron y nos dejaron hablar con nuestras familias. ¡Loado sea Dios!

Hubo esparcimiento, juegos de pelota, baño y noticias. Sólo un borrón dejó, un galardón más para la diadema de la ciega de la balanza: Alardín, Rojas, Ugarte, Reynoso, Galicia, Sarabia, Palavicini y Borrego siguen incomunicados.

Comunicaron al senador Gómez, a quien yo creía libre.

Se reunieron a nosotros en el patio el general Servín, preso por indicios de sospechas de conato de rebelión; Chirinos y otros, y hasta un rechoncho hijo de Pelayo, que en su lenguaje pintoresco, salpimentado de moños y patetas, nos refirió el acto de su aprehensión. ¡Mi madre, ni a Topete!

Emprendí de las cinco de la tarde para acá la lectura de «El Gran Oriente», por Pérez Galdós. Me ha interrumpido un principio de «tertulia» que no se formalizó. Como el día fue nuestro, la noche la dedicamos a los libros y al sueño; también he oído frecuentemente golpes en una puerta: algún compañero que estaba enfermo y que primero se morirá o destruirá la puerta que acuda alma viviente a ver qué le pasa. Hay que confesar que aquí las cosas se saben hacer concienzudamente. ¡Abur!

Sábado 8 de noviembre.

Por más que pateó y gritó el enfermo de anoche, Aguilar, y que le hicimos coro, nadie acudió a ver de qué se trataba. El enfermo, que tenía un fuerte cólico, tuvo que aguantarlo hasta las cinco, hora en que un celador fue a ver de qué se trataba, dió parte y después de las seis trajeron un cocimiento de manzanilla y, como lo traía otro celador, se lo dejó a Ancona; éste no oyó lo del enfermo, y hasta las siete que empezaron a barrer supo Ancona quién era el enfermo y le mandó la manzanilla.

Aquí ha de regir el mismo principio que regía en Michoacán en tiempo de don Aristeo Mercado, y que, sin duda, han puesto nuevamente en boga los conservadores que allí se adueñaron del Gobierno. Es el caso que, condolido el doctor Adalberto Santín, de Maravatío, de los pobres presos que había en la cárcel de aquella población, fue a ver a Mercado y le dijo:

—Señor: hay tal desaseo en la cárcel, tal cantidad de microbios de la tuberculosis, que más de un cincuenta por ciento de los reos que pasan en ella algún tiempo enferman de esa terrible enfermedad; sería, pues, conveniente que autorizara el Gobierno el gasto necesario para reformar la cárcel.

—¡No, hombre!—contestó Mercado;—pues ¿qué usted cree que a la cárcel se va a veranear?...

Exactamente eso han de pensar nuestros opresores. Dirán: «la Penitenciaría no es hospital». Y nos dejan morir como bestias.

Mi sueño fue inquieto, no sé si por las penosas reflexiones o por el prolongado encierro, y pude oír a media noche repetidas detonaciones y lamentos lastimeros; pero no pude saber si fueron dentro o fuera de la cárcel. ¡Felices tiempos!

A las ocho de la mañana que nos llevaron al patio tuvimos la satisfacción de que llevaran también a los que habían tenido incomunicados desde el primer día. Por tanto, tuvimos día de fiesta.

Las visitas nos confortaron mucho.

Las noticias del día nos hicieron concebir gratas esperanzas.

Fui invitado a comer en compañía de Alarcón y de Ancona. Un verdadero banquete. Charlamos animadamente y hablamos de la incierta salida de aquí.

¡Quién había de decirnos que estábamos en un banquete de despedida, pues ellos fueron puestos en libertad por la tarde, mediante depósito, según supe, de trescientos pesos cada uno! ¡Qué cerca estuve de la libertad!

Aunque mucho me regocijó la salida de mis compañeros y me sirvió para esperar la cercanía de la nuestra, sin embargo, hay alegrías que dañan. Y yo no sé por qué, cuando fui encerrado en la noche, la página de Pérez Galdós que abrí, me trajo las siguientes amargas expresiones, que tanto pudiéramos decir: «Todo aquello en que pongo los ojos se vuelve negro. Si mi corazón se apasiona por algo, persona o idea, la persona se corrompe y la idea se envilece. Conspiro, y todo sale mal. Deseo la guerra, y hay paz. Deseo la paz, y hay guerra. Trabajo por la libertad, y mis manos contribuyen a mo-

delar este horrible monstruo. Quiero ser como los demás, y no puedo. En todas partes soy una excepción. No hallo fuente alguna donde saciar la sed que me devora. ¿Amigos? Ninguno me satisface. ¿Artes? Las siento en mí, pero no tengo educación para practicarlas. ¿Amor? Siempre que me acerco a él y lo toco, me quemo. ¿Religión? Los volterianos me la han quitado sin ponerme en su lugar más que ideas vagas.... Dios mío, ¿por qué estoy tan lleno, y todo tan vacío en derredor de mí? ¿En dónde arrojaré este gran peso que llevo encima y dentro de mi alma? Voy tocando a todas las puertas y en todas me dicen: «Aquí no es, hermano; siga usted adelante....»

Afortunadamente el entusiasmo de la tertulia me arrancó el libro de las manos; y con razón, si los recién comunicados, entre ellos mi amigo el coronel Vito Alessio Robles, acababan de ocupar las celdas vecinas a la mía y contribuían con su contingente. Se elevó tranquila, como gaviota herida, la voz de Sarabia, el que seis o siete veces ha arrastrado los grilletes por su amor a las ideas nuevas, y esparció por el ambiente un crespón de melancolía. Cantaba «Las golondrinas de Ulúa», que lo acompañaron a llorar en aquella prisión inicua.

Palavicini recitó versos suyos, muchos otros lo mismo, y yo terminé por contagiarme y recité los malísimos míos.

Ya para dormir diré con el poeta:

«¿Quién el sol de mañana verá?»

Domingo 9 de noviembre.

Así como en el campo los gorriones, los tarengos y las urracas apenas columbran la primera claridad del día por el Oriente, gritan y cantan con gran estruendo, como satisfechos de la vida, así en esta férrea pajarera las urracas, representadas por Ugarte y Alardín, nos dieron mañanitas y no hubo poder humano que los callara.

Hechas las faenas de casa y después de las ocho, me reuní con mis compañeros en el patio. Empeñé conversación con Alessio Robles y a poco el senador Gómez fue a saludar-

me. Los presenté, y era de ver la satisfacción con que se conocieron. Los dos dijeron:

—Ya tenía noticias de usted, aunque no tenía el gusto de haberle hablado.

—Sí, añadía Alessio: usted y yo fuimos enemigos, cruzamos los aceros en Casas Grandes.

—No olvido, decía Gómez, aquel momento en que seguros nosotros, los maderistas, de adueñarnos de Casas Grandes, que defendía el hoy general Valdés, y ya cuando la victoria nos sonreía, fuimos sorprendidos por los federales de García Cuéllar.

—De los que era yo jefe de Estado Mayor.

—¡Y nosotros, que como Napoleón, habíamos dicho: almorzaremos a las nueve en Casas Grandes!

—¡Cuántos actos de valor de parte de los mexicanos! ¡A fe que la compañía de norteamericanos!

—Creimos que en la acción habían quedado Raúl Madero y Garibaldi.

—Se nos escaparon por la noche.

—Al día siguiente nos alcanzaron a don Pancho y a mí, que reuníamos a regular distancia de Casas Grandes a los dispersos.

—Yo tengo correspondencia de don Pancho y de todos ustedes, pues en mi poder cayó.

—También yo tengo muchos telegramas de usted que logré interceptar.

Decía Gómez:

—Hárrington, el jefe de los norteamericanos, la víspera del ataque a Casas Grandes me regaló esta pluma fuente, con la que escribí el pliego por el cual se le pedía a Valdés la rendición de la plaza, pliego que no llegó a sus manos; por cierto que Hárrington, al darme la pluma, me dijo:

—Será un recuerdo, pues presiento que moriré en el ataque; como sucedió a los primeros disparos.

Siguió amena e instructiva conversación sobre tantos sucesos que han ocurrido en México desde entonces y en los cuales han participado ambos. Poco a poco se generalizó la conversación entre los que estábamos y los que iban llegan-

do, muchos de los cuales también han presenciado múltiples sucesos.

La comida la hice con el licenciado De la Garza y con Castillo Negrete.

Durante la comida, el romántico Negrete, sobrino de Polavieja, nos refirió su interesante naufragio frente a las Azores, sus penalidades y sorpresas allí, que merecen apuntarse.

El buque francés en que Castillo Negrete hacía su viaje de recreo de Europa a México, comenzó a hacer agua. El capitán echó mano a las bombas; pero no pudo vencer el turbión, que se metía al vientre del barco. Viéndose perdido, viró a babor y enfiló hacia las islas Azores. Al cuarto día de lentísima marcha, el barco se paró y comenzó a hundirse en medio de la angustia y desesperación del pasaje. Funcionó la telegrafía sin hilos. El primer barco que recibió un mensaje se excusó de ir en auxilio. Pero el segundo sí fue y llegó a tiempo de remolcar, al que se ahogaba, hasta las islas citadas. Mientras un buque ya pedido llegaba por el pasaje, éste se ocupó en pasear por la isla a cuyo abrigo estaba por sendos días.

Un día que invitaba al romanticismo, Castillo Negrete se apartó de sus compañeros de viaje, hizo un gran saludo a la encantadora circasiana Olga, que iba en una «troupe» bohemia, y se lanzó a un lujurioso bosque de magnolieros, que embriagaba con el perfume de sus flores. Fue tal el encanto de aquella naturaleza nueva para él, que atraído aquí y allá por nuevos y encantadores paisajes, se alejó más de la cuenta de la bahía en donde el barco descansaba, metido en el dique seco. Un ruido entre la verde y espesísima maleza y un extraño silbido, le hicieron pararse de golpe: una amenazadora víbora, verdiosa y de manchas leonadas, saltaba junto de él. Ya entonces iba en un suelo medio pantanoso y con trabajo pudo correr.

Entonces le vino la conciencia de la realidad, pues hasta entonces había marchado en brazos del ensueño. Trató de retroceder; pero se encontró perplejo al no saber el rumbo

que debería seguir. ¡Tanto así se había alejado de su base de operaciones!

El miedo a lo desconocido, el horror a la soledad, el espanto dejado por la víbora, le hicieron gritar con todos sus pulmones en busca de un sér humano que le ayudara. Después de mucho gritar, oyó bastante lejos el ladrido de un perro. Allá fue hacia aquel eco.

Donde hay perro, hay hombre. Salvando obstáculos y lleno de temor pudo llegar adonde estaba el perro, que era donde estaba el hombre: un cabrero. Chapurrando portugués se hizo entender de aquel bimano, que lo condujo a un camino. Castillo lo siguió. A poco fue alcanzado por unos arrieros, con quienes hizo conocimiento, y lo condujeron a una ranchería, a un humilde bohío de cabrero, donde fue bien recibido, le dieron cena y cama.

Al día siguiente preguntó por el pueblo más cercano.

—Siete Ciudades, le dijeron, está muy cerca.

Le dieron el rumbo y lo despidieron con afecto.

Penetró a una garganta como de 300 metros de anchura y, al salir de ella, se encontró en el labio de un enorme embudo, en el fondo del cual, muy profundo por cierto, se veían unos charcos de agua y unas pequeñísimas casitas.

Todo se veía pequeño desde aquella altura. Como el atajo echaba hacia el fondo, hacia allá fue Castillo, siguiendo las curvas caprichosas de un caracol. Duró cuatro horas en bajar.

Asegura que Siete Ciudades, que debería llamarse Siete Casas, está bajo el nivel del mar, es decir, que si el mar pudiera penetrar allí, lo ahogaría; pero se lo impide el enorme cerco de montañas que forman la cresta del embudo.

En una casa encontró hospitalidad. La dueña, una anciana limpia, simpática y romántica como él, hasta en el nombre—figuráos, se llamaba Florinda—lo recibió amablemente, le dió de comer y de beber, le llevó a su linda nietecita de tres años para que con sus monadas lo alentara, y le combatió la fiebre del cansancio con un buen masaje dado a mano, y suavizado con un cocimiento lechoso de unas hojas como de higuera.

Castillo Negrete revivió con la fricción, el alimento y los

mimos, y hasta se puso tierno en presencia de la niñita, que le recordaba a su tierno hijo, que tan lejos lo esperaba, y escribió «Primavera y ocaso», una prosa rimada, dice él, un calentamiento de corazón.

Al día siguiente, y bien aleccionado por la albeante Florinda, emprendió el camino de la bahía. Ascensión penosísima por el embudo, que entonces le pareció más bello y más embriagador con su soberbia vegetación.

Arriba, un espectáculo único, fantástico, imborrable. A sus pies, en el fondo, Siete Ciudades. Por fuera el inmenso mar, y en la cresta, lo increíble, lo inaudito y maravilloso. ¡Siete volcanes en erupción!

Pasada la gigante emoción, descendió fácilmente a la bahía, en donde le esperaba un tirón de orejas del capitán del barco y de sus compañeros de viaje, por haberlos tenido llenos de angustia y azorados por su desaparición de dos días.

Famosa aventura que amenizó nuestro banquete.

Y como no hay tertulia y ya es muy tarde, me voy a dormir.

El hecho de no haber tertulia es muy significativo; pues no hubo porque no tuvimos visitas y sí malas noticias. La *tertulia* es el termómetro de nuestros corazones.

Lunes 10 de noviembre.

Me parece que soñé en la narración del naufrago de las Azores, el señor de *siete sangres*, es decir, que lleva siete veces el apellido de Castillo Negrete, pues en su familia no se ha casado ninguno casi con extraños a ella.

Me imaginaba en el paralelo 39° latitud Norte y 30° longitud Oeste de París, y veía las siete principales islas del grupo de las Azores, cuya capital, según me dijo el naufrago, es Ponta Delgada, cerca de la bahía en que se refugió el barco.

Me pareció aspirar el perfume de las magnolias, ver los siete volcanes, *Sete Ciudades* y hasta Sao Paulo, la patria de Braga, el primer presidente de la república de Portugal. En síntesis, cuanto me había contado con su entusiasmo andaluz el compañero Castillo.

Pasé la mañana como de costumbre, monótona, y no hubo más cosa que llamara la atención que la vista a gran altura en la atmósfera, de muchos pedazos de papel blanco, que muchos opinaron que eran gaviotas. ¡Felices ellas!

Comí con los doctores Barrera y Balderas Márquez, cuyo optimismo no pudo borrar mis oscuras impresiones.

Las noticias, a mi modo de ver, son malas, aunque muchos compañeros crean que son buenas.

Por la tarde fui llamado a visita: era mi cuñado, que había obtenido especial permiso para hablarme y que yo mucho le agradecí. Vino con el doctor Ortiz. En la escuela, que es donde recibimos las visitas, estaban «El Tuerto Morales» y «El Agachado», con sus familias.

Cuando en el patio notaron que fui llamado yo y a poco rato Reyes y Vera Estañol, todos se alentaron creyendo que se trataba de la libertad general, puesto que llamaban a los jefes de grupos parlamentarios.

Pronto salieron de su error cuando vieron regresar a Vera y a Reyes con el director de la Penitenciaría y a poco a mí, pues mi visita duró media hora.

Aproveché la presencia del director para abogar por Llanito; pero nada conseguí, porque el juez García había dado sus instrucciones especiales. También le dije al director que me habían robado el traje menos malo que poseía y algunas otras cosas. Con cristiana simpleza me contestó que algunos días entregaban al que los pedía, en la puerta, nuestros objetos, sin identificar al que tal hacía; pero que ya había puesto remedio. Fue más consciente de su deber mi celador Arroyo, a quien le había hecho la misma queja por la mañana, pues me dijo que él iba a dar parte a sus superiores para que hicieran las averiguaciones necesarias, y que él estaba seguro de que parecería mi traje. Lo dudo.

La atmósfera pesa. No hubo tertulia. Hay tristeza. Las buenas noticias del sábado nos hicieron daño, nos indigestaron y ahora estamos sintiendo los efectos. Me ocupó, pues, de Pérez Galdós, cuyo «7 de julio» acabo de leer y ya estoy empeñado en «Los cien mil hijos de San Luis». Por cierto que encuentro un pasaje que tiene su parecido con nuestra

situación política nacional. España frente a Europa, que pretendía intervenirla para acabar sus desórdenes del año 22. El Gobierno español desafiaba a Europa.

«Sí, señor, la desafiarnos, decía Sandoquís».

Ahora se recuerda mucho la guerra de Independencia; pero yo digo, con Cervantes, que *nunca segundas partes fueron buenas*.

También se refiere el autor a nuestro gran Mina al hablar del tío de este general, don Francisco Espoz y Mina. Dice que el último «tuvo por maestro a su sobrino, un seminarista calaverón que empezó su carrera persiguiendo franceses y la acabó fusilado en América». ¡Bizarro y querido calaverón!

Ya salió libre Rómulo de la Torre. Grano a grano....

Hasta mañana, porque hoy, que hace un mes de nuestro encierro, no hubo cosas notables. Pocos días las hay.

Martes 11 de noviembre.

El día más monótono y uno de los más crueles. Tenemos un mes y un día de presos; y según todas nuestras noticias, deberemos considerar como desvanecidas muchas esperanzas que nos habíamos forjado. Lo más que conseguiremos será ir saliendo uno por uno bajo fianza. El juez primero, ante quien solicité amparo y que no es un cafre como el segundo, ya citó para audiencia el día pasado mañana. Veremos.

Ya terminé «Los cien mil hijos de San Luis», de Pérez Galdós. Cuando cita a Alcalá Galiano y lo describe mostrándolo tan feo como era, pero tan grande orador, y recordar al no menos feo y gigante tribuno Mirabeau, me pasa por la imaginación, *toute proportion gardée*, nuestro pillo Querido Moheno, feo como bola de sebo recogida en basurero; pero tan oportuno en la tribuna. Y yo creo que él sí se sueña igual a Moheno y a Alcalá Galiano.

Pérez Galdós me recuerda dos épocas: la de estudiante, cuando leí su primera obra, «Marianela», en compañía del malogrado poeta Benjamín Arredondo, en los días del antirreleccionismo de 1895, que me costó prisión, lo mismo que a otros estudiantes, entre ellos José Inocente Lugo, que hace

poco fue gobernador de Guerrero. El comité estudiantil de entonces, en Morelia, tuvo como último presidente a Lugo, estudiante de leyes; a Juan Arriaga, vicepresidente, estudiante de medicina, y a mí, segundo vice, estudiante de preparatoria. ¡Ya es vieja mi tendencia! «Angel Guerra» es otra obra del mismo autor, que leí en las agonías del Gobierno del Apóstol.

Como es natural, nadie habla y apenas son las ocho de la noche.

Por tanto, pediré al sueño algún alivio.

En estos momentos me acuerdo de otra obra de Galdós, que es para mí el recuerdo de otra época, «Trafalgar», que leí en el seminario de Morelia con los hoy padres Luis Laris y José Covarrubias.

Miércoles 12 de noviembre.

Hoy se batió el «record» del «canard» entre nosotros. Apenas salimos al patio, un compañero digno de crédito nos dijo que anoche le habían avisado que las potencias extranjeras habían ejercido tal presión sobre Huerta, que lo habían obligado a renunciar y que ya era Presidente don Luis Méndez; y para colmo de dicha nuestra, sería reinstalada la Cámara el día 15 del actual. Yo siempre en política procedo con criterio pesimista y no tragué el anzuelo; pero hubo regocijo general. Las visitas que tuvimos nos dijeron que había mucha exageración en tales noticias y así va resultando.

Y a propósito de visitas, es muy grato tenerlas como la que ayer tuvimos: del doctor Silva, tan amable y humanitario como siempre, y la del muy querido filósofo Agustín Aragón, hoy.

Rodolfo Reyes tuvo la feliz idea de reunir entre nosotros una cantidad para darla a la familia de un pobre celador, que anoche se cayó de la azotea y se mató.

Ya Ortiz Rodríguez, ayer, había hecho otra colecta para ayudar a otro celador que está preso en Belén y que nos ha tratado con amabilidad: se apellida Orozco.

Tuve gran banquete. Nos reunimos a comer en la celda